

Quinta Conferencia general del CELAM

“**D**EL 13 AL 31 DE MAYO DEL 2007, estuvimos reunidos en la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe, inaugurada con la presencia del Santo Padre Benedicto XVI. En nuestros trabajos, realizados en ambiente de ferviente oración, fraternidad y comunión afectiva, hemos buscado dar continuidad al camino de renovación recorrido por la Iglesia católica desde el Concilio Vaticano II y en las anteriores cuatro Conferencias generales del Episcopado latinoamericano y del Caribe. Al terminar esta V Conferencia les anunciamos que hemos asumido el desafío de trabajar para darle un nuevo impulso y vigor a nuestra misión en y desde América Latina y el Caribe” (*Mensaje de la V Conferencia*, Introducción). En este párrafo se sintetizan los principales puntos de esta magna Asamblea del CELAM: La celebración y desarrollo de la V Conferencia general; la presencia del Papa para inaugurar la Conferencia; el ambiente de oración y comunión fraterna entre todos los participantes; la continuidad con el Concilio Vaticano II y las Conferencias generales precedentes, a la vez que su actualización y puesta al día; el compromiso responsable frente a los desafíos del futuro.

Aparecida 2007

La elección de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida para celebrar la V Conferencia general del CELAM ha sido muy acertada y ha dado un colorido enteramente mariano a la celebración y desarrollo de la Conferencia. María santísima ha desempeñado un papel importantísimo en la evangelización de América desde sus inicios, y continúa ejerciéndolo en la actualidad. La fecha elegida para inaugurar la V Conferencia coincidió con el mes de mayo, el mes mariano por excelencia, y con la fiesta litúrgica de la Virgen de Fátima y, este año, con el 90 aniversario de las apariciones en esa ciudad de Portugal. La Conferencia se clausuró el día de la Visitación de María a su prima santa Isabel, para encomendar a Ella, la primera Misionera, la nueva Evangelización del Continente. El lema elegido para esta Conferencia, “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos tengan vida. ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’ (Jn 14,6)” tiene claras resonancias marianas: María es la más perfecta discípula y evangelizadora (*Do-*

cumento de Santo Domingo, 15); es Madre de la Vida, que crea el amor y el respeto por la vida (Cf. *Documento de Puebla*, 288.291); en María, la primera redimida y creyente, todo está referido a Cristo y todo depende de Él (Cf. *Documento de Puebla*, 292).”. En la misa inaugural de la Conferencia el Santo Padre, refiriéndose a La Aparecida, corazón mariano de Brasil, dijo: “María nos acoge en este *cenáculo* y, como Madre y Maestra, nos ayuda a elevar a Dios una plegaria unánime y confiada”. Así quiso señalar el Papa la presencia activa de María en todas las actividades de la Asamblea. Los participantes en la V Conferencia, en el Mensaje final, llaman a María, “primera discípula y misionera al servicio de la vida, del amor y de la paz” y hablan del “soplo de nuevo Pentecostés para nuestra Iglesia”.

Durante su estancia en La Aparecida, el papa Ratzinger quiso dejar a los participantes un mensaje hecho de palabras y de gestos. El mensaje más importante provino de su misma presencia en la inauguración de la Conferencia. Recalcó de esta manera la comunión y el apoyo del Santo Padre a los trabajos que iban a comenzarse. Como Pastor universal señaló pautas para la reflexión de los participantes, “porque aquí, en América Latina, se juega el futuro de la Iglesia católica” y por eso “constituye la mayor responsabilidad para un Papa”. El Santo Padre inauguró la V Conferencia general del CELAM para expresar su deseo de que, “además de ser un Continente católico, sea un Continente ejemplar, donde se resuelvan de modo adecuado los problemas humanos, que son grandes... y para que sea un Continente de vida y de esperanza. Para mí esta es una prioridad de primer orden”.

“Puntos firmes y fundamentales de un programa pastoral de futuro”, así tituló *L'Osservatore Romano* en español el discurso del Papa en la inauguración de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano. Seis son los puntos señalados por Benedicto XVI: la fe en Dios Padre, en Cristo Salvador y en el Espíritu Santo, que ha animado y anima la vida y la cultura de estos pueblos; la continuidad con las otras Conferencias que la precedieron en Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo; la llamada a ser discípulos y misioneros de Jesucristo, porque “sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro”; la cultura de la vida que permita pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura, y sobre todo a la plenitud de vida que Cristo nos ha traído y que se alimenta con el Pan de la Palabra y el Pan de la Eucaristía; cinco campos prioritarios para la renovación de la Iglesia: la familia, los sacerdotes, los consagrados, los laicos y los jóvenes; la súplica intensa de que Cristo se quede con nosotros y nos fortalezca a todos para ser sus discípulos y misioneros.

Entre los gestos del Papa, el más singular fue el regalo de un tríptico proveniente del arte cuzqueño del Perú. Dejemos que el mismo Santo Padre nos lo describa: “En él se representa al Señor poco antes de ascender a los cielos, dando a quienes lo seguían la misión de hacer discípulos a todos los pueblos. Las imágenes evocan la estrecha relación de Jesucristo con sus discípulos y misioneros para la vida del mundo. El último cuadro representa a san Juan Diego evangelizando con la imagen de la Virgen María en su tilma y con la Biblia en la mano. La historia de la Iglesia nos enseña que la verdad del Evangelio, cuando se asume su belleza con nuestros ojos y es acogida con fe por la inteligencia y el corazón, nos ayuda a contemplar las dimensiones del misterio que provocan nuestro asombro y nuestra adhesión”. Un tríptico elocuente, verdadera síntesis pictórica del tema elegido para reflexionar en la gran Asamblea: discípulos y misioneros de Jesucristo.

Es significativo que la V Conferencia comenzase con una mañana de retiro espiritual, predicado por mons. Estanislao Esteban Karlic, arzobispo emérito de Paraná (Argentina), como para enmarcar todas las actividades en un espacio de oración y meditación, esperando con María santísima un nuevo Pentecostés. El cardenal Juan Bautista Re, delegado pontificio para la V Conferencia, recaló este clima de oración en la homilía de la misa, al inicio de los trabajos: “Cultivar una profunda amistad con Cristo, a través de una auténtica relación de amistad con él, alimentada por un verdadero espíritu de oración y de escucha de su palabra. Esta es para todos nosotros la condición indispensable para ser realmente sus discípulos (...). La oración es la condición primaria y más importante de nuestro empeño en la guía pastoral específica de nuestra misión por el bien de los demás y por el bien de la sociedad”.

Es sumamente elocuente el conjunto de símbolos que presidieron la sala de conferencias en donde se desarrollaron durante tres semanas las sesiones generales de la Asamblea: el Libro de los Evangelios que preside las reuniones; el cirio pascual; una copia de la imagen de la Virgen Aparecida, el tríptico regalado por el papa Benedicto XVI. Las banderas de los países latinoamericanos y del Caribe y los estandartes de los principales santuarios marianos del continente ondearon en la misa inaugural de la Asamblea y desfilaron en el acto conclusivo. Es además altamente alentador el Mensaje final de los participantes en la V Conferencia general del CELAM al pueblo de Dios que está presente en América: “Al terminar esta V Conferencia les anunciamos que hemos asumido el desafío de trabajar para darle un nuevo impulso y vigor a nuestra misión en y desde América Latina y el Caribe”.

Una rica y valiosa herencia

1) I Conferencia: Río de Janeiro 1955

Cuatro son las Conferencias generales que anteceden a esta de Aparecida. La primera, convocada por Pío XII y reunida en Río de Janeiro (25 de julio a 4 de agosto del 1955) dio nacimiento al Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), que, durante más de cincuenta años, ha prestado un servicio extraordinario a las Conferencias episcopales y a las diócesis de América Latina y del Caribe. El tema predominante de la Conferencia, indicado por Pío XII en su Carta Apostólica a los obispos latinoamericanos, fue la insuficiencia del clero, como “el más grave y peligroso problema”, a la vez que el estudio de “las formas más idóneas y más eficaces para suscitar, cultivar y difundir cada vez mayor número de vocaciones del estado eclesial y religioso entre los hijos de sus tierras”. Las Conclusiones de Río de Janeiro llevan la impronta de la preocupación de Pío XII indicada en su Carta Apostólica. De los once “títulos”, seis corresponden al problema de la escasez sacerdotal, del siete al diez se abordan cuatro preocupaciones pastorales que han de tener en cuenta los obispos y el clero: protestantismo y movimientos anticatólicos; problemas sociales; misiones, indios y gente de color, inmigración y gente del mar. El “título” once expresa la decisión unánime de pedir al Papa la creación de un Consejo Episcopal Latinoamericano”. La gran preocupación de Río de Janeiro fue un problema intraeclesial y pastoral: la promoción vocacional y la formación adecuada de los futuros sacerdotes. Aunque la situación es más favorable y ha habido un notable aumento de sacerdotes, la escasez de vocaciones sigue siendo un problema eclesial, y la promoción de las mismas y su formación, una prioridad.

2) II Conferencia: Medellín 1968

La segunda Conferencia general tuvo lugar en Medellín (Colombia), convocada e inaugurada por Pablo VI. La Conferencia de Medellín, testigo de la “primera visita personal del Papa a sus hermanos y a sus hijos en América Latina”, se realizó entre el 26 de agosto y el 6 de septiembre de 1968. A tres años de la conclusión del Concilio tuvo como tema “La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio”. En el discurso inaugural, Pablo VI, después de un saludo inicial, con gran energía y responsabilidad ante el momento histórico, ofreció a los participantes en la II Conferencia una serie de orientaciones espirituales, pastorales y sociales que marcaron el rumbo de los trabajos de los obispos y expertos y que constituyeron líneas ideales del documento final.

La situación de América Latina en los años sesenta, y la mayor conciencia social de los pastores de la Iglesia latinoamericana, propiciada por la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* del Vaticano II, a la par que otros documentos y “gestos” sociales del papa Pablo VI y de algunos obispos de Latinoamérica, fueron factores decisivos para que Medellín se centrara en la antropología, en el hombre latinoamericano. Por esos años se fraguaron términos que tendrán larga resonancia: teología de la liberación, pecado social, denuncia profética, violencia institucionalizada, estructuras opresoras, comunidades de base, praxis, pastoral de conjunto, etcétera. Era necesario conocer al hombre latinoamericano en su identidad propia y en su situación concreta sometida a rápidas transformaciones para poder promoverlo, mediante la fe y la enseñanza social de la Iglesia, a su dignidad integral. En atención a todo esto Medellín abordó tres grandes áreas en relación con el proceso de transformación del continente: “El área de la promoción del hombre y de los pueblos hacia los valores de la justicia, la paz, la educación y la familia; una adaptada evangelización y maduración en la fe de los pueblos y sus elites, a través de la catequesis y de la liturgia; la formación de los miembros de la Iglesia y la adaptación de sus estructuras visibles a las nuevas condiciones del continente”. La II Conferencia construye una “antropología” y una pastoral latinoamericana que marcará los próximos decenios de la vida de la Iglesia y de la teología latinoamericanas. Lo hace consciente de que “para conocer a Dios es necesario conocer al hombre” (Pablo VI, *Discurso de clausura del Concilio Vaticano II*).

En la actualidad, la promoción del hombre consiste en la atención a los marginados de la sociedad y a las múltiples etnias de indígenas; la familia, la educación, la justicia y la paz continúan siendo temas relevantes en la labor de la Iglesia: la familia monógama y abierta a la vida, la educación cultural y especializada al ritmo de las necesidades de la cultura y del desarrollo; la justicia y la paz en sus dos vertientes política y social. La liturgia hoy en día se ha de realizar bajo el signo de la inculturación, a la vez que de la fidelidad a todas las normas litúrgicas del rito latino. Se requiere hoy una catequesis completa, que no deje al margen nada importante de la fe de la Iglesia, a la vez que se siente la necesidad de un primer anuncio para tantos hombres que o no conocen a Jesucristo o lo han relegado en el cajón del olvido.

3) III Conferencia: Puebla 1979

La III Conferencia general del Episcopado latinoamericano sobre la “Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina” se desa-

rolló en Puebla de los Ángeles (México) del 28 de enero al 13 de febrero de 1979. La inspiración del tema proviene de una urgente necesidad evangelizadora de la Iglesia, y a la vez de la Exhortación Apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi* publicada el año 1975.

Fue convocada e inaugurada por el papa Juan Pablo II. El documento de Puebla asumió las líneas maestras del discurso inaugural del Santo Padre: la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre la Iglesia y la verdad sobre el hombre. El corazón de la reflexión eclesial y del documento de Puebla es la evangelización. En Medellín se reflexionó sobre el hombre latinoamericano, en Puebla más bien sobre la “realidad latinoamericana”, el “actual contexto socio-cultural” para que la Iglesia pueda realizar la obra de evangelización, en continuidad con los cinco siglos pasados.

“Puebla constituye, en la pluma de Mons. Antonio Quarracino, una larga meditación sobre la Iglesia, no en una suerte de monólogo interior sobre ella misma, sino en relación con su gran interlocutor: el mundo latinoamericano”. Los obispos en Puebla dialogan con el pueblo latinoamericano, sobre todo con el que vive en “situación de extrema pobreza generalizada”.

Está en juego la misión de la Iglesia que no puede dejar de decir la verdad sobre el hombre y sus condiciones de vida a la luz del Evangelio. Está en juego la verdad sobre Jesucristo que ha venido a redimir a todos los hombres y a todo el hombre. Juan Pablo II lo dijo con palabras memorables: “Esta Conferencia no puede cesar de afirmar la fe de la Iglesia: Jesucristo, Verbo e Hijo de Dios, se hace hombre para acercarse al hombre y brindarle, por la fuerza de su misterio, la salvación, gran don de Dios (...). Desde esta fe en Cristo, desde el seno de la Iglesia, somos capaces de servir al hombre, a nuestros pueblos, de penetrar con el Evangelio su cultura, transformar los corazones, humanizar sistemas y estructuras”. Vemos, pues, que la eclesiología evangelizadora presupone una sólida cristología integral que conduce a una nueva antropología latinoamericana, igualmente integral.

Las circunstancias del momento en que el disenso y la contestación eran frecuentes, en que, dentro mismo de la Iglesia, se habían asumido ciertas posturas radicales marxistoides y revolucionarias, exigían levantar la voz sobre la unidad de la Iglesia. Juan Pablo II, muy consciente de ello, dedicó parte de su discurso inaugural a mostrar que “el servicio pastoral a la verdad se completa por un igual servicio a la unidad”. Unidad primera y primigenia entre los obispos, que viene de lo alto: del servicio a “un único Señor, de la animación de un único Espíritu, del amor a una única y misma Iglesia”; unidad con los sacerdotes, religiosos y el pueblo fiel, don pre-

cioso que ha de ser salvaguardado entre todos los que forman parte del Pueblo peregrino de Dios. Sólo una Iglesia unida puede llevar a cabo la labor evangelizadora y comunicar a los hombres la verdad de Jesucristo, que ha pedido “que todos seamos uno”.

La evangelización continúa siendo en la actualidad una prioridad de la Iglesia latinoamericana, una evangelización que implica la conciencia de la vocación a la santidad y de la misión de todos los bautizados a colaborar en la obra evangelizadora. En una perspectiva eclesiológica, se está viviendo y se desea promover una concepción de “Iglesia evangelizada y evangelizadora”, evangelizada para poder realizar la tarea de evangelización con nuevo ardor y nuevos métodos. Desde el punto de vista antropológico, hoy ha cobrado un *plus* de interés el indigenismo y los pueblos afroamericanos. Finalmente, en la comprensión de Jesucristo, sin dejar de prestar atención a su humanidad y realidad histórica, se siente la necesidad de acentuar el misterio de su Encarnación y, por tanto, de su divinidad humanada, la única que puede salvarnos.

4) IV Conferencia: Santo Domingo 1992

“Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. ‘Jesucristo ayer, hoy y siempre’ (Hebr 13,8)”. En este título se condensan las grandes preocupaciones de las Conferencias anteriores y se subraya, además, el aspecto de la cultura cristiana, presente, aunque poco desarrollado, en los documentos de las precedentes asambleas. Los tres grandes objetivos resumen igualmente las líneas maestras del pontificado de Juan Pablo II. Se puede decir que casi todos los documentos mayores del Papa polaco están asumidos, de una u otra forma, en el documento de Santo Domingo. El primer tema fue lanzado por el Papa ya desde 1983 cuando, en su discurso al CELAM en Puerto Príncipe, exhortó a una nueva evangelización en vista de la proximidad de los 500 años de presencia de la Iglesia en el continente. La promoción humana, segundo tema, forma parte integral de la tarea evangelizadora, y ha sido una constante en la doctrina social del papa Wojtyła, plasmada sobre todo en sus grandes encíclicas sociales. Evangelizar la cultura y hacerla cristiana fue una tarea emprendida con arrojo y constancia por Juan Pablo II durante su pontificado y una necesidad sentida por la V Conferencia teniendo en cuenta las antiguas culturas existentes y la nueva cultura emergente de las últimas décadas.

En la presentación del documento se dice: “Esta Conferencia, convocada, inaugurada y presidida por el Santo Padre Juan Pablo II, trabajó en cálida y profunda comunión con el Vicario de Cristo cuyo discurso inaugural

constituyó punto fundamental de referencia y de convergencia para los Pastores participantes”. En efecto, el Santo Padre inauguró la V Conferencia con un discurso magistralmente trabado en cinco partes: Jesucristo ayer, hoy y siempre; nueva evangelización; promoción humana; cultura cristiana; una nueva era bajo el signo de la esperanza. El Documento de Santo Domingo seguirá la misma estructura, incluyendo en una sola parte, la segunda, la evangelización-promoción-cultura, para poner así de relieve la estrecha unidad entre ellas.

En el corazón del Documento está “Jesucristo, Evangelio del Padre” (primera parte), que abarca una profesión de fe en Cristo, mirando los cinco siglos de la primera evangelización y los desafíos para el futuro histórico de la Iglesia en América Latina. Jesucristo continúa como eje de la segunda parte, bajo el epígrafe: “Jesucristo evangelizador viviente de la Iglesia”, que es llamada a una nueva evangelización y a “trazar una nueva estrategia evangelizadora, un plan global de evangelización”. La nueva estrategia se concreta en tres campos: “A partir de la nueva evangelización (primer campo), idea central que ha iluminado nuestra Conferencia, entenderemos en su verdadera dimensión la promoción humana (segundo campo) y enfocaremos el desafío del diálogo entre el Evangelio y los distintos elementos que conforman nuestras culturas para purificarlas y perfeccionarlas desde dentro, con la enseñanza y el ejemplo de Jesús, hasta llegar a una cultura cristiana (tercer campo)”.

La tercera parte del Documento, breve pero enjundiosa, se titula: “Jesucristo, vida y esperanza de América Latina y el Caribe. Líneas pastorales prioritarias”. Se afirma de nuevo la centralidad de Jesucristo: “Proclamamos con nuevo ardor nuestra fe en Jesucristo, Hijo de Dios vivo, única razón de nuestra vida y fuente de nuestra misión. Él es el camino, la verdad y la vida. Él nos da la vida que deseamos comunicar plenamente a nuestros pueblos para que tengan todos un espíritu de solidaridad, reconciliación y esperanza”. Se expresa el compromiso de todos los Pastores presentes en la Conferencia a trabajar: 1) En una nueva evangelización de nuestros pueblos, a la que todos están llamados, con énfasis en la pastoral vocacional, con especial protagonismo de los laicos y, entre ellos, de los jóvenes, mediante la educación continua de la fe y de su celebración, y más allá de nuestras propias fronteras; 2) en una promoción integral de los pueblos latinoamericanos y caribeños, desde una evangélica y renovada opción preferencial por los pobres, al servicio de la vida y de la familia; y 3) en una evangelización “inculturada”, que penetre los ambientes marcados por la cultura urbana, que se encarne en las culturas indígenas y afroamericanas,

con una eficaz acción educativa y una moderna comunicación”.

En los quince años pasados desde Santo Domingo muchos han sido los logros obtenidos en la pastoral de la Iglesia. La nueva evangelización se ha puesto en camino y sigue su marcha por los espacios del continente y del Caribe. Los laicos, estimulados por sus pastores, han tomado mayor conciencia de su papel en la Iglesia y en la sociedad, aunque estemos apenas en los inicios de realizaciones concretas. El énfasis en la pastoral vocacional ha dado abundantes frutos y llena el corazón de los Pastores de alegría y esperanza. Un grande esfuerzo se ha hecho y se está haciendo por la inculturación de la fe en la cultura indígena y afroamericana; algo menos en la tarea de penetrar cristianamente la cultura urbana. La Iglesia ha encontrado muchos desafíos en la promoción humana integral, pero ha llevado a cabo una labor eficaz en el campo de los derechos humanos y de la opción preferencial por los pobres.

Tiempos difíciles, ungidos de alegría y esperanza

El documento de Aparecida ha sido ya entregado al Santo Padre, pero todavía no ha sido aprobado y publicado. La catequesis del Papa del 23 de mayo, dedicada al “Viaje apostólico a Brasil” y el Mensaje final de la V Conferencia nos brindan elementos de juicio para mirar con alegría y esperanza la vida de la Iglesia católica en el futuro del continente americano.

El Santo Padre destaca el binomio del lema elegido para la Conferencia: “El binomio ‘discípulos y misioneros’ corresponde a lo que el evangelio de san Marcos dice sobre la llamada de los Apóstoles: ‘(Jesús) instituyó Doce para que estuvieran con él y para enviarles a predicar’ (Mc 3,14-15)”. El Papa explica a continuación el sentido y la estrecha relación entre los términos del binomio: “La palabra ‘discípulos’ hace referencia a la dimensión formativa y al seguimiento, a la comunión y a la amistad con Jesús. El término ‘misioneros’ expresa el fruto del discipulado, es decir, el testimonio y la comunicación de la experiencia vivida, de la verdad y del amor conocidos y asimilados”. Las implicaciones del binomio son expuestas por el Papa a renglón seguido: “Ser discípulos y misioneros implica un vínculo íntimo con la palabra de Dios, con la Eucaristía y con los demás sacramentos, vivir en la Iglesia en escucha obediente de sus enseñanzas”. Por último, el papa Ratzinger indica la condición fundamental para que el binomio se haga vida: “Renovar con alegría la voluntad de ser discípulos de Jesús, de ‘estar con él’, es la condición fundamental para ser misioneros ‘recomenzando desde Cristo’, según la consigna del papa Juan Pablo II a toda la Iglesia tras el jubileo del año 2000”.

En el Mensaje final los Pastores reunidos en Aparecida para la V Conferencia proponen una síntesis de su fe y de su esperanza. He aquí el texto: “En Medellín y en Puebla terminamos diciendo ‘Creemos’. En Aparecida, como lo hicimos en Santo Domingo, proclamamos con todas nuestras fuerzas: ‘Creemos y esperamos’. Esperamos...

Ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta en la palabra de Dios y en la Eucaristía. . .

Vivir nuestro ser cristiano con alegría y convicción, como discípulos-misioneros de Jesucristo.

Formar comunidades vivas que alimenten la fe e impulsen la acción misionera.

Valorar las diversas organizaciones eclesiales en espíritu de comunión.

Promover un laicado maduro, corresponsable con la misión de anunciar y hacer visible el reino de Dios.

Impulsar la participación activa de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.

Mantener con renovado esfuerzo nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres.

Acompañar a los jóvenes en su formación y búsqueda de identidad, vocación y misión, renovando nuestra opción por ellos.

Trabajar con todas las personas de buena voluntad en la construcción del reino.

Fortalecer con audacia la pastoral de la familia y de la vida.

Valorar y respetar nuestros pueblos indígenas y afrodescendientes.

Avanzar en el diálogo ecuménico ‘para que todos sean uno’, como también en el diálogo interreligioso.

Hacer de este continente un modelo de reconciliación, de justicia y de paz.

Cuidar la creación, casa de todos, en fidelidad al proyecto de Dios.

Colaborar en la integración de los pueblos de América Latina y del Caribe”.

Estas son las esperanzas de los Pastores reunidos en Aparecida. Estas son igualmente las tareas que hay que ir realizando con el pasar de los años en América Latina y en el Caribe, mediante la colaboración de todas las componentes del Pueblo de Dios y de la sociedad. Seguramente el Documento de Aparecida ofrecerá enseñanzas y criterios pastorales para que toda la Iglesia, sin exclusión de nadie, sea discípula-misionera y colabore en actitud de comunión y servicio, porque Jesucristo sea camino, verdad y vida de todos los hijos de América Latina y del Caribe.

Ecclesia

* Editorial redactado por Antonio Izquierdo, director de *Ecclesia*.